



La casa de Asterion #3, 2008, Rubén Olvera.

La evaluación y la calidad de la educación superior: espejo, espejismo y bola de cristal



Alicia Moreno Cedillos*

En 1993, los miembros de la Fundación Cambio XXI en Saltillo, Coah., me invitaron a presentar en el Foro "Palabras de Mujer" un tema breve sobre educación superior. Mi participación consistió en una reflexión sobre el tema de la evaluación, misma que deseo compartir con ustedes porque me parece que sigue vigente, aun a 15 años de distancia, particularmente en estos tiempos en que las acreditaciones y certificaciones institucionales se han convertido en el indicador exigido de excelencia.

Esta ocasión ofrece el marco ideal, *ex professo* podría decir, para exponer este tema de innegable importancia y además ahora tan de moda, usando un recurso de por sí muy femenino, producto del desarrollo de la óptica y multiutilizado: el espejo.

Entrando al tema, se trata de lo que cotidianamente hacemos; lo hacemos para prácticamente todo lo que nos rodea y aun para lo que está lejano, pasado y lo que está por venir. Me refiero a *juzgar*: juzgar los hechos, las conductas, los pro-

ductos, los servicios, las ideas... Todo ello no es otra cosa que el resultado de la evaluación, y su expresión es una actitud. Asignar un valor a las características de aquello que nos ocupa es lo que hacemos cuando evaluamos y el nivel de aceptación, rechazo, satisfacción, insatisfacción, es la calidad o atributo de lo juzgado.

Es así que la evaluación y la calidad, vistas como conceptos necesariamente contingentes, las podemos ilustrar con el uso del espejo: ¿Qué vemos en el espejo? ¿Qué esperamos ver? ¿Qué hacemos como consecuencia de lo que vemos en el espejo? Las reacciones son variadas, dependiendo de nuestra actitud, nuestras expectativas y nuestro espejo.

Algunas de las reacciones más frecuentes de nuestras instituciones de Educación Superior cuando se evalúan, o se miran en el espejo, hacen pensar en tres síndromes: el del "Espejito mágico" del cuento de Blanca Nieves, el de "La casa de los espejos" y el de la "Bola de cristal".



Veamos el primero: es cuando en el interior de las instituciones se padece de un acendrado narcisismo y el proceso de evaluación consiste en preguntarle al espejito si "soy el más hermoso". No se pregunta "cómo soy", se espera una respuesta de confirmación y cuando esto no ocurre se lanza a hacer comer la manzana envenenada a Blanca Nieves, esto es, a terminar con la competencia acudiendo a cualquier patraña. No se trata de superarse, de mejorar o alcanzar la calidad, sino de evitar que otros lo logren.

El segundo síndrome es prácticamente un autoengaño. Si se está flaco, gordo o chaparro se usan espejos esféricos (cóncavos o convexos), cilíndricos o de cualquier tipo que nos refleje la imagen deseada. En este caso la evaluación se convierte en seleccionar los instrumentos y/o procedimientos que nos devuelvan la imagen que esperamos ver, para demostrar (no sé a quién) que tenemos lo que deseamos. Obviamente la tolerancia a la frustración es nula y es imposible mejorar, puesto que no se está en posición de aceptar que se puede tener algún defecto.

El tercer síndrome también es muy frecuente. Se espera que lo que se refleje sea, no la imagen, sino la solución. Expectativa muy típica de nuestro mundo consumista donde no hay que pensar, para eso están las máquinas que lo hacen todo por nosotros. La creatividad ha pasado de moda, es un artículo en desuso, inoperante, raro (ahora se clona). En este caso las posibilidades de superación son fortuitas, dependen del azar y de todo aquello que nos ofrezca, sin garantías, un futuro venturoso que nada tiene que ver con lo que se es, que ni siquiera se ha visto y que no se pretende ver. Los resultados, si son positivos, es gracias a nuestra excelente decisión de consultar una bola de cristal, pero si no, entonces la susodicha "bola" nos engañó. Se trata de una inseguridad para la toma de decisiones y la consecuente inmadurez para aceptar la responsabilidad de nuestras decisiones u omisiones.

En los tres casos existe una clara incapacidad para observar la imagen, para ver el espejo. Respecto a lo que queremos ver, en el primer caso la autoimagen es de una rigidez exacerbada que no acepta la posibilidad de sufrir alteraciones; en

el segundo caso se trata de mantener la idea de una imagen de tiempos mejores, del disimulo a ultranza, y en el tercero, ni siquiera se tiene la imagen. Finalmente, las acciones consecuentes de lo que se ve y la diferencia con lo que se desea ver son de negación y de irresponsabilidad.

En los tres casos señalados se está desperdiciando la posibilidad del recurso: la evaluación como espejo donde obtener un reflejo fiel de nuestra imagen y la posibilidad de hacer decisiones realistas, adecuadas y oportunas para corregir los errores, mejorar la calidad y alcanzar la excelencia en la oferta del servicio educativo.

Esta metáfora de la evaluación como espejo, nos refleja los siguientes planteamientos:

- La calidad y la evaluación son conceptos contingentes, la paradoja es usar ambos de manera diferencial. Tenemos la tecnología suficiente para evaluar y conseguir la calidad deseada; desarrollemos la actitud positiva para "vernos en el espejo".
- La humildad y el deseo de superación son dos rasgos, características interdependientes básicas para la evaluación y el logro de la calidad. Desarrollemos expectativas realistas, con fundamento en el conocimiento y aceptación de las propias limitaciones y las capacidades. Que lo que esperamos ver sea nuestra imagen y nuestras posibilidades de mejoría con base en nuestros valores, nuestros recursos y nuestro pasado.
- Usar la inteligencia y la creatividad para evaluar y proponer metas de calidad. Confiar en nuestras propias capacidades para encontrar los medios de desarrollo y logro de la excelencia en nuestras instituciones mexicanas.

¡No hay respuestas hechas, hay que fabricarlas!

* Docente-investigadora de la UACJ.